

Para esa clase de hombres, el ataque enérgico á los desmanos oficiales; la denuncia franca y leal de los abusos del Poder; la excitación al pueblo á que ejercite sus derechos para desembarazarse, por los medios legales, de los tiranos que lo oprimen, son trabajos de anarquistas ó de furibundos demagogos.

Nada más absurdo que se nos considere como revolucionarios, pero si lo fuésemos, estén seguros los espíritus apocados y la tiranía misma, que así lo declararíamos, lo confesaríamos con la misma entereza con que hoy rechazamos tan grosera é infundada calumnia, porque no estamos acostumbrados á mentir, nos repugna la hipocresía política y gustamos de las situaciones claras y francas.

Nosotros no queremos revolución, y por esta razón deseamos que haya moralidad administrativa. Por esa misma razón queremos que se eduque al pueblo y se le devuelvan sus libertades, para que en lugar de sostenerlas con ayuda de las armas y derroque á los déspotas á fuerza de disparos, ahogando á los ambiciosos con su propia sangre, ese mismo pueblo se arme de la ley, para que sepa exigir al mismo tiempo que cumplir, y en vez de hacer tangible su soberanía decapitando Césares y ensangrentando el territorio nacional, pueda hacer pesar su voluntad por los medios que la humanidad y la civilización reclaman.

No somos revolucionarios, y por esa razón queremos que haya libertad y que termine la Dictadura, dejando obrar al pueblo según su voluntad. Nosotros queremos que ya no se persiga á los ciudadanos que con honradez manifiestan sus ideas; que terminen por completo las vejaciones y las arbitrariedades repugnantes, porque lo hemos dicho y lo repetimos, la presión es un peligro para la tranquilidad del país. Por esa razón, esto es, temiendo que la República volviera á sangrar, hemos tratado de demostrar lo imprudente que sería que el Gral. Reyes ocupara la Presidencia de la República, porque esa personalidad suficientemente experimentada por nuestros hermanos de la frontera Norte de la Repú-

blica, es nociva como gobernante. El Gral. Reyes ejercitaría un absolutismo exasperante; implantaría el terror y los ciudadanos tendrían que huir de la República para ponerse á salvo de las odiosidades del Poder, ó, lo que sería mil veces peor, se levantarían en armas para librarse de la tiranía, y la hidra revolucionaria, con todos sus horrores, se cerniría sobre la Patria, llevando la desolación y el luto á los hogares; paralizaría la industria, abatiría el comercio y provocaría infinidad de conflictos internacionales, que, solo de pensarlo irrita, se resolverían en la pérdida de nuestra nacionalidad.

Después de lo anteriormente expuesto, vamos á dar la noticia que en estos momentos conmueve hondamente á todos los buenos mexicanos: el Estado de Guerrero se ha levantado en armas.

No conocemos todos los incidentes del movimiento revolucionario. Solo sabemos que Quechultenango y otras poblaciones del Estado han tomado las armas.

Parece que el origen del levantamiento proviene, de que despechados los descontentos por no haberse hecho efectivos los ofrecimientos del Gral. Díaz para dejar obrar en libertad al pueblo suriano, á fin de nombrar nuevo Gobernador de Guerrero, quieren hacer cumplir ese ofrecimiento por medio de la fuerza.

Para evitar esos levantamientos precisamente, es por lo que trabajamos, por lo que con una insistencia que algunos pudieran traducir por necedad, hemos hablado en todos los tonos, que es necesario que haya libertad, que se deje al pueblo obrar y no se le restrinjan sus derechos, que cese ese absolutismo que pesa sobre los ciudadanos, que se comprenda que el pueblo es el soberano y por lo tanto no se le puede escatimar su libertad, y que para ello, no se necesita hacer ningún esfuerzo, basta con observar una conducta oficial ceñida á las instituciones liberales y democráticas.

Por otra parte, á los mexicanos se nos ha dicho, y se ha pretendido hacernos creer, que lo que ha informado el programa político del Gral. Díaz, es el deseo de que haya paz; que su insistencia en permane-